

ral, condición, índole), á través de sus discursos (por en sus discursos), en mi franqueza (por supuesta mi franqueza), proporcionan (por facilitan, procuran). Ahí van quince (quedóseme trascordado aquel encuentro, que es hallo en buen romance) ó dieziséis faltas de lenguaje castizo en tu solemne perorata, Neanisco. Tocante al tema de tu exposición, no me siento yo con caudal suficiente para dar respuesta á tus razones, pues oigo en eso diversidad de pareceres. Enemigo soy de exageraciones. Las que acabas tú de hacer, téngolas yo por hijas de tu genio juvenil, algo contrarias á tu antecedente dictamen. Apruebo los elogios dados al autor del *Quijote*. Confieso que tanta barahunda como se ha levantado en nuestra nación no parece venir al talle de una novela. Por eso oiría yo con placer el juicio de D. Geroncio.

GER.—No quisiera yo, hijos, hubieseis levantado esa liebre; más habría valido dejarla correr libremente por los andurriales del siglo. Que la casta de los Quijotes no ha fenecido ni fenecerá en España, lo tienen por indubitable gravísimos autores. Si los de hoy se han de llamar Quijotines ó Quijotazos, Quijotillos ó Quijotones, Quijotinuelos ó Quijotinachos, es punto no del todo averiguado, como sea verdad que Cervantes pintó en su novelesco libro el genio español con todos sus perendengues, cual si dijéramos, en profecía. Pero el tema que

has propuesto, Neanisco, lleva más agua de lo que á primera faz parece. Mejor será remitirle á otra conferencia, en que tratemos, si queréis, las razones por ti apuntadas, en particular aquella del desmedro y pequeñez á que ha venido el ingenio español, de tan aventajado y fecundo que antes era: hoy contentémonos con discurrir acerca del lenguaje. El que acabas de emplear, hijo, es de veras odible y abominable, ora sea por la abundancia de galicismos que Gamantes oportunamente notó, ora por la escasez de hispanismos que él dejó de notar. Para que entendamos, amiguitos, cómo la buena discursiva casada con el mal lenguaje produce frutos de perdición, que estomagan á cualquier lector de libros clásicos, porque atentan contra el decoro de la madre patria.

NEAN.—Reconozco, señor, mi ignorancia en materia de lenguaje castizo. Procuraré aprovecharme de estas lecciones. Se necesita ver su importancia.

GAM.—No admito yo tal *se necesita* en buen romance. Aquella formulita francesa *il faut voir*, se vierte en castellano por éstas *hay que ver, es de ver, se ha de ver*, porque el verbo *il faut* no siempre suena necesidad ú obligación, que á las veces importa conveniencia ó ventaja.

NEAN.—No caerán tus avisos en saco rato, Gamantes. Mas no quiero dejar se me pudran en el buche las cosas que he oído á sujetos de harto viso: los unos, que habían de rezar por



el alma de D. Quijote; los otros, que se gloraban de ser parientes en grado remoto de Sancho Panza; éstos, que Cervantes era un republicano sin Dios; aquéllos, que no llevó pies ni cabeza en todo el *Quijote*: en fin, tantos argumentos de crasísima ignorancia han llegado á mis oídos, que dí en pensar lo antes expuesto acerca del estado infeliz á que ha llegado el pueblo español. No me detengo en más detalles.

GAM.—Tu proposición no ha menester comentario. Has visto con qué aire escurrió don Geroncio la bola, como quien conoce de qué pie cojea el mundo actual. Señal de cojera tuya es la voz *detalles*, Neanisco; francesa á más no poder; en su lugar tenemos *particulares*, *por menores*, *particularidades*, *señales*, *indicios*, *circunstancias*, *distintivos*, etc., como para *detallar* hay *especificar*, *particularizar*, *señalar*, *distinguir*, *expresar*, etc. Pero, señor, consolémonos; ¿no advierte v. m. cuánto gana el lenguaje castizo con la aclamación del *Quijote*? Quien al sano celebra, ¿cómo estará bien con las bascas mortales? Los que al *Quijote* asentaron en trono de gloria, ¿habrán de querer para sí la ignominia, pudiendo emular la excel-situd del honor?

NEAN.—Yo por mi parte á la imitación aspiro. Si Cervantes, á título de castizo escritor, dejó vinculada la gloria de su nombre en la venerable memoria de sus escritos; si...

GAM.—¿Ya tornas á moler con tus períodos rodados?

NEAN.—Déjame que le eche... Si (como iba diciendo) la buena opinión del escritor correcto no la marchitan los años, antes la hacen inmortalmente gloriosa por haber sido su morir más dichoso que su nacer; si el habla española, que nos ha de ser llave dorada con que abrir y exponer el caudal de conceptos, á expensas de trabajo fatigoso, ha de apropiársela cada cual tomando por modelos á los antiguos forjadores, desechada la vil escoria de los apañadores desleales; si sólo en el campo de la inmensa literatura clásica hemos de coger las flores bellas para adornar nuestro jardín, haciendo trascienda su fragancia y olor por la memoria de los venideros; con justísima razón me siento yo movido á poner delante de mí el espejo de nuestros mayores, cuyas pisadas resuelvo seguir, cuyos vocablos pretendo copiar, de cuyas frases no me quiero desentender, á cuyos modismos propongo ajustar los míos, por cuyas voces tengo yo de respirar, con cuyas plumas intento yo, si posible fuera, volar á la gloria, de suerte que no se eche menos en sus andares alados la deleitosa, legítima, genial y bella galanía de los augustísimos prodigiosos ingenios.

GAM.—¡Bien!, ¡divinamente!, ¡celestial es ese periodazo, Neanisco! Lindamente te lozaneas.

NEAN.—Que estoy yo en la flor de mi va-



nidad, nadie me lo negará; mas tampoco me argüirá nadie de falta de buen deseo. Las razones aquí expuestas me incitan á la emulación. Algunos avisitos prácticos agradecería yo á D. Geroncio, si me hiciese tan insigne merced, para el más fácil desempeño de mi propósito.

GER.—El primero que se me ofrece, hijo mío, sea que, después del honor de Dios, mires en tus escritos por la honra de nuestra querida patria. El día que tomes la pluma, alza los ojos á lo que á España debes; no á esta España de hoy, que se ha hecho indigna de la majestad y admiración con que en nuestra dorada edad las naciones nos acataban sumisas, sino á la España antigua y tradicional, que fué la inventora de aquella lengua, en que decía el emperador Carlos V era justo hablásemos los hombres á Dios. Por el amor de la verdadera España, escribe, hijo, trabaja, suda, sin dar paz á la mano, como se afana el buen hijo con la memoria de su difunta madre. El segundo aviso es que de los galiparleros no admitas ni un pizco de tilde. Absuelvan ellos á carga cerrada los inconvenientes; no ha de dársete á ti de todo ello un comino; con su pan se lo coman, que tú con el tuyo te lo comes en compañía de los clásicos, dignísimos comensales. Dios me entiende, y no digo más.

GAM.—Eso es (*Quij.*, p. 2, cap. I).

NEAN.—¿Y si le sacan los hígados á uno con tanta jeringa?

GER.—No te apures, hijo; paciencia y barajar. Contra ti levantarán muchos la voz: los unos alegando que por no haber nacido en Castilla, gastas lenguaje poco natural; los otros, que miras con desdén las modernas reformas; éstos que tu manera de escribir es enfadosa por el excesivo empleo de frases rebuscadas; aquéllos, que no se halla en tu escritura ningún resabio de los giros actuales; los de acá, que muestras empeño pueril en sacar á plaza las riquezas de los clásicos; los de allá, que inventas vocablos y frases á tu sabor; algunos, que usas un decir á lo gótico; algunos más, que construyes períodos de *forma jeroglífica*; otros, en fin, remitirán al silencio su parecer sin señales de aprobar ni desaprobár. La norma que has de seguir con semejantes criticones es confesar de plano que tienen razón cuanto á no saber tú escribir; entretanto aprovéchate de las censuras para emendar tus yerros, que no pueden ser pocos, según es cortísimo nuestro caudal. A pesar de todo eso, adelante, hijo, con los faroles; no se te dé un clavo de cuanto dijeren respecto del lenguaje, como te ajustes al clásico decir, que es el tercer aviso que te quisiera dar, bien que va contenido en lo arriba asentado. Redúcese á este general principio: toda palabra, ya se tome en sentido propio, ya en sentido figurado, que no se halle en el vocabulario de los clásicos autores, no haya lugar en tu escrito, recházala con toda tu alma: otro



tanto digamos de cualquier modismo, frase, locución. La sola necesidad ó conveniencia te precisará á dar cabida á vocablos modernos, como lo requieren, por ejemplo, las cuestiones sociales, tan agitadas hoy en día. Arrepiéntete, hijo, así me arrepiento yo, de las muchas faltas de lenguaje cometidas hasta hoy, por haberte fiado, como yo me fié, de escritores tenidos en reputación de modelos, que no eran sino galiparlistas á la disimulada, conforme lo demuestra el estudio de los buenos libros, que han de ser tus únicos consejeros. La razón de todo esto consiste en que la lengua española es bastante rica de voces, frases y modismos para exprimir cualquier concepto sin necesidad de mendigar adornos extraños con que decentemente trajarle. Siendo esto así, no te dé cuidado alguno, Neanisco, la matraca de tus censores, que á veces critican de vicio. Hártalos tú, ahítalos, sóbalos, muélelos con frases castizas, con olvidados hispanismos, con correcta elocución, por amor de la patria, á quien tanto debemos los españoles: esta será generosa venganza. El fin es desterrar de tus papeles el lenguaje mezquino, pobre, monótono, seco, duro, sin fluidez, sin copia, sin variedad, sin viveza, del francés entrometido á pervertir el castellano.

NEAN.—Mándanos v. m. con eso una improbable labor: labor en conocer lo impropio, para desecharlo; labor en buscar lo propio, para admitirlo.

GER.—Es verdad; no hay, á mi juicio, tarea tan trabajosa como la del buen escritor, si ha de merecer con justicia ese nombre. Dar vida á las cosas mediante el estilo es don de Dios, no sin grandísimo trabajo del hombre. Quien extiende la mano á la pluma y no duerme luego sobre lo escrito para emendar, retocar, revolver, borrar y desborrar, no sabe cumplir con su oficio. Ahí tienes á tu compañero Gamantes; pregúntale, él te dirá cuán cara le cuesta su afición al lenguaje clásico; pero, gracias á Dios, habrá de añadir que lo que al principio se le hacía imposible, la constancia del trabajo lo hizo llano y fácil, que no se toman truchas á manos enjutas. Su ejemplo te servirá á ti de acicate para meter en pretina esa tu aficionada voluntad. Pechos como el tuyo quisiera yo denodados y generosos.

NEAN.—¿Cómo pagaré yo, señor, al cariño de v. m. las muchas que hoy me ha hecho? Para satisfacer á tan singular beneficio, fuerza me será irseme el alma tras mi bienhechor, pues de esta conferencia se desprende lo mucho que v. m. me ama.

GAM.—¿Írsete el alma tras él?, no basta, Neanisco, si no se te van juntamente los pies, procurando frecuentar esta morada.

NEAN.—En eso estoy, amigo.

GER.—Tengo contra ti, Gamantes, una sentidísima queja. ¿Cómo dejaste sin corrección ese verbo *desprenderse*? ¿No sabes que te corre



la obligación de emendar cuantos dislates se dijeren entre nosotros, sin respeto á ínfulas ni á canas?

GAM.—Señor, del impropio *desprenderse* ni reza Baralt, ni Cuervo, ni la Real Academia; por eso pensé no era galicismo.

GER.—Ni lo es ciertamente, porque los franceses dicen *se détacher* y los galicistas *des-tacarse*. Pero si no es galicismo, no escapa de barbarismo. ¿Qué sentido hace el *desprenderse*? El de *separarse, desenlazarse*, dejar la cosa á que está uno pegado, lo cual supone y requiere alguna violencia. Mas donde violencia no cabe, como en la espontánea ilación de una secuela, ¿qué cabida podrá tener el *desprenderse*? ¿Por ventura no están ahí los verbos *colegirse, inferirse, derivarse, seguirse, deducirse, sacarse, proceder, resultar, argüirse, concluirse, nacer*, con otras variadas frases á propósito del concepto pícaramente expresado por Neanisco? Si Baralt, Cuervo, la Academia Española no hicieron mención de ese moderno sentido, sería por hallarle tan bárbaro, estrambótico y grosero, que no había para qué le castigaran con la reprensión. Lo cual, ¿qué otra cosa prueba sino que no aciertan los modernos á desprenderse de los vicios de lenguaje, porque no quieren hacer violencia á su manía de barbarizar?

GAM.—Todo se andará, señor, si la sogá no se rompe, como de v. m. nos lo prometemos,

que nos tiene dados tantos argumentos de invicto tesón y de amigable indulgencia.

III

